

UNA TEOLOGÍA DE LOS EJERCICIOS(I)

Erich Przywara, s.j.

Sumario

[0. Presentación](#)

[1. Alma de Cristo](#)

[2. Presentación de las piezas fundamentales de los EE EE](#)

0. PRESENTACION

El teólogo de origen polaco Erich Przywara (1889-1972) escribió una obra voluminosa acerca de los Ejercicios Espirituales (EE) a lo largo de cinco años (1933-38), titulada *Deus semper maior. Una teología de los Ejercicios*. Él mismo confesó en la presentación del libro que había concebido ese trabajo como una continuación de su obra filosófico-teológica *Analogia entis*, publicada en 1932. Todo su pensamiento gira en torno a la idea de "discontinuidad en la semejanza entre Dios y las criaturas", o dicho de otro modo, responde a la tensión agustiniana de un Dios que está a la vez en nosotros y muy por encima de nosotros.

Przywara fue siempre un autor complejo, de fuerza desbordante, maestro de maestros: Karl Rahner y Hans Urs von Balthasar se preciaban de haber sido discípulos suyos.

Deus semper maior no es un manual práctico de pastoral, sino un estudio de teología (en este caso, de teología de los EE). En él Przywara intenta extraer la teología que late en el interior de los Ejercicios de Ignacio: es "teología", en primer lugar, en el sentido corriente del término, en cuanto que el lenguaje de los EE pretende ser una expresión acerca del Dios revelado en el Antiguo y el Nuevo Testamento, para lo cual necesita la ayuda de la teología bíblica -por tanto, "teología" como discurso acerca de Dios- es "teología", en segundo lugar, en su sentido más profundo y objetivo, es decir, en cuanto "palabra" del "Verbo de Dios" expresada en los EE -por tanto, "teología" como palabra que brota de Dios-. La lógica interna de los EE pretende ser verdadera "teo-logía" en cuanto que sigue la lógica de Dios, la de ese Dios que es "semper maior", siempre mayor, auténtico Logos de los EE. La influencia agustiniana la encontramos en esta

misma expresión, "Deus semper maior": "por más que crezcamos nosotros, Él es siempre mayor... Debemos acogernos como polluelos debajo de Él, que es siempre mayor" (San Agustín, Comentarios a los Salmos, 62,16).

En este cuaderno y en otro que se publicará en breve ofrecemos una selección de algunos capítulos de la obra de Przywara que pueden aportar la clave para descubrir (o intuir) la hondura teológica de los EE. Sin duda, abrirse a esa hondura afectará a la práctica misma de los EE, tanto en el darlos (director) como en el recibirlos (ejercitante).

El primer cuaderno (el que ahora presentamos), dedicado al orden de lo temático, se divide en dos partes:

1. El desarrollo de la oración "Alma de Cristo", que encabeza los EE: la originalidad y genialidad de Przywara ya aparecen con toda su brillantez en esta "obertura" a sus dos volúmenes.
2. La presentación de cada una de las Cuatro Semanas, precedidas por unas breves consideraciones sobre las Anotaciones y Principio y Fundamento.

El segundo cuaderno (que aparecerá próximamente) está dedicado al orden de lo metodológico, es decir, a los elementos formales fundamentales que constituyen la dinámica de los EE. La aportación de Przywara consiste en mostrar el trasfondo teológico de tales elementos, que aparentemente son sólo formales o funcionales.

Los textos citados de los EE se encuentran siempre en letra cursiva, seguidos de la numeración correspondiente. Hemos optado por retocar en algunos casos la grafía ignaciana para adaptarla a la actual ortografía castellana (p. ej. desaparición de la doble "s"), sin que en ningún caso hayamos alterado la terminología o la sintaxis del texto original castellano de los EE. En cambio, los textos evangélicos están citados entre comillas, para no abusar del uso de las cursivas.

Si estos dos cuadernos han podido salir a la luz es gracias a una traducción manuscrita que se encontró entre los papeles del P. José de C. Sola, sj. hace unos treinta años. El P. Ramón Puig Massana, sj. la ha corregido y actualizado con una paciencia encomiable. La idea de sacarlos ahora a la luz, la selección de textos y la edición de los dos cuadernos ha sido obra de Javier Melloni Ribas, sj.

1. "ALMA DE CRISTO"

Esta antigua oración de autor desconocido, que precede al texto autógrafo de los Ejercicios, nos da una vista panorámica de éstos. Las tres partes que constituyen el Anima Christi son:

1. El cristiano, por el bautismo, la confirmación y la participación en el sacrificio del altar, es objetiva y realmente miembro de Cristo, pero debe llegar a serlo consciente y subjetivamente, plenamente animado por Cristo: Alma de Cristo, santifícame.
2. Pero precisamente por esto debe atravesar totalmente el río de sangre de la pasión de Cristo: Pasión de Cristo, confórtame.

3. Y esto, de tal manera que todo su vivir, actuar, sufrir y morir, sea un progresivo salir de sí, hasta que llegue a entonar el canto perenne de alabanza a Dios: Y mándame ir a Ti, para que con tus santos te alabe.

1. La primera parte expresa el contenido esencial de los EE: hacerse personalmente consciente de Cristo, que vive en mí, trayectoria de los EE a través de toda la vida del Señor. Desde el pecado original

-como un grito dirigido hacia Él: Primera Semana-, hasta la Iglesia como su plenitud -Reglas para sentir con la Iglesia. Pero al mismo tiempo, contiene asimismo el método esencial de los EE, desde la consideración a la meditación, la contemplación y la aplicación de sentidos ("traer los sentidos"). Desde lo interior, para sentir y gustar de las cosas internamente [2], de Cristo; para ver con sus ojos, sentir con su corazón, respirar con Él,...

2. La segunda parte señala la dirección fundamental de los EE, tanto respecto al contenido, "la cruz desnuda" -desde el coloquio del primer ejercicio de la Primera Semana hasta el Tercer Grado de Humildad-, como respecto al método -desde la fría consideración, hasta alcanzar en la Tercera Semana, con la conciencia cada vez más profunda de lo que cada día sucede con el sacrificio del pan y el vino eucarísticos, símbolos de la Iglesia, el quebranto con Cristo quebrantado [203]-.

3. La Tercera Semana muestra el sentido fundamental de los EE: en cuanto al contenido, el punto de partida es la alabanza, reverencia, y servicio de la divina Majestad -Principio y Fundamento [23]-, y el punto de llegada, el amor y servicio a su divina Majestad -contemplación final para alcanzar amor [233]-.

Y en cuanto al modo, desde salir del propio amor, querer e interés -elección [189]-, pidiendo conocimiento interno del Señor -de la Segunda a la Cuarta Semana [104]-, hasta la más radical desapropiación del Yo -memoria, entendimiento y voluntad-, como correspondencia al infinito amor con que el mismo Señor desea dárseme en sus dones -Contemplación para Alcanzar Amor [234]-.

EL "ALMA DE CRISTO", PASO A PASO

1. Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame

El alma es la unidad formal de toda la vida. El alma de Cristo es la unidad formal de todo lo que es Cristo. La vida de Cristo se forma partiendo de su alma, y asimismo mi vida como vida de Cristo en mí.

Por esto: santifícame, sepárame, segrégame, como el templo y sus vasos, que de tal manera están separados y consagrados que, o sólo sirven al templo, o deben ser destruidos; y que en el servicio del templo, sirven al altar mismo, es decir, al sacrificio.

"Santo" significa "perteneciente a Dios", pero también "maldito" -algo que hay que separar, alejar de todo lo demás-. Concepto que se desliza por la angosta línea que hay entre la bendición y la maldición,

y que por ello requiere la incondicionalidad más absoluta: o Cristo vive en mí o yo no vivo; o Cristo lo es todo o sólo queda la maldición del aniquilamiento.

Cuerpo de Cristo, sálvame

La vida de Cristo en mí es vida del Dios que se hizo cuerpo, y cuyo cuerpo es ahora la Iglesia visible. No se trata de la divinidad invisible, ni de una interioridad escondida, ni de una espiritualidad incorpórea, ni de un mero animismo; sino de Dios hecho hombre, de la interioridad que se exterioriza en acción, de una espiritualidad que se expresa en la carne, del alma sólo visible como cuerpo. Cristo en la Iglesia visible, en su obra visible en el mundo visible. Porque Él debe serlo todo, todo en mí, todo en el mundo gracias a mí.

Por esto: sálvame, sáname. Es precisamente el cuerpo de Cristo el que nos da la salud: porque es visibilidad, hombre, carne; por la humildad de esta impotencia, sáname, devuélveme la salud, cicatriza la herida del pecado, cierra el sangrar del sacrificio. El pecado se cura por el sacrificio: santifícame. Pero el sacrificio no es lo último, pues es la herida más abierta. El pecado se cura en el sacrificio que nos introduce en el cuerpo de Cristo. Es el Cuerpo de Cristo quien nos salva: Cuerpo de Cristo, sálvame. Y sanado lo es todo: espíritu y carne, Dios y la criatura unidos, "cabeza y cuerpo, un solo Cristo" (Ef 4, 15), en cada uno de sus miembros, en el vivir y en el actuar de cada uno de estos miembros.

Sangre de Cristo, embriágame

Al pertenecer a Cristo partiendo de la Interioridad --alma de Cristo-, y al pertenecerle también en su totalidad -cuerpo de Cristo-, quedamos compenetrados por su corriente vital, por su calor, por su sangre: no sólo la forma exterior de Cristo como mi forma de vida, sino fluyendo con el torrente de Cristo, agitado por el oleaje de la circulación de la Sangre de Cristo, inquieto con la inquietud de Cristo, transformado con la transustanciación de Cristo, en su Cuerpo, que es la Iglesia.

Por esto: embriágame. La estrecha y temerosa "sensatez" debe convertirse en la embriaguez de una vida arrebatada. La sangre de Cristo es ascua, la sangre de Cristo acosa en el amor, que en su altura, amplitud o profundidad, excede toda medida (Ef 3, 18s). ¡Embriágame!

Agua del Costado de Cristo, lávame

Sangre de Cristo, que se derrama hasta la última gota, hasta el agua que brota de su costado, saciando todo vacío. Corriente de agua viva que no se amedrenta ante el fin vacío, ni ante el desencanto del final definitivo: ¡al fin sólo agua!

Pero precisamente por esto: lávame. La purificación por el agua clara como madurez de la santa embriaguez. Sangre y agua, embriaguez y lucidez. Embriaguez del derroche, en la que los ojos quedan limpios para ver a Dios de claridad en claridad. Embriaguez sobria, que no siente la ausencia de Dios, sino que recobra la razón mirando a Dios: cada vez más sobria para conocer qué es Dios y qué la criatura. Embriaguez transformada en sobria adoración.

2. Pasión de Cristo

Pasión de Cristo, confórtame

El alma de Cristo es el interior de Cristo. Pero Cristo no es, si no es el Crucificado (1Cor 2, 2). De este modo, la Pasión de Cristo es el alma del alma de Cristo y el interior del interior de Cristo: el verdadero misterio de Cristo. Misterio de Cristo: porque es inconcebible que el omni-faciente Dios sea pasible; el Dios totalmente feliz, desgraciado; el Dios todo-salvador, herido; el Dios todo-inmortal, moribundo. Misterio de Cristo: porque ahí se hace patente lo más delicado y oculto del amor de Dios: el tabernáculo de la vida intradivina.

Por esto: confórtame. No hay criatura que pueda soportar la inasequible profundidad divina: ¡fortaléceme, para que tenga la fuerza de no ser incrédulo sino fiel! No hay criatura capaz por sí misma de ver el rostro de Dios, y menos aún el rostro interior de su amor: ¡fortaléceme, para que no me aleje de Ti, sino que en Ti me adentre!, ¡confórtame, dame la madurez de la fuerza en la minoría de la impotencia!, ¡hónrame con la valentía en la vergüenza de la derrota! ¡Confórtame!: ¡no como capacidad mía, sino como asumido por ti!

¡Oh buen Jesús, óyeme!

En la Pasión de Cristo se abre el alma, el cuerpo, la sangre, el agua del costado de Cristo, y se nos regala su nombre: Jesús. ¡Que podamos dirigirnos a Dios con su nombre propio, como los hermanos entre sí, como los esposos, como el amigo con el amigo: Jesús! ¡Que le tuteemos con la mayor intimidad: ¡querido, bien mío!

Por esto: escúchame. En la Pasión de Cristo se ha roto el anatema: yo sé que Dios escucha, y sé que puedo decírselo todo. Ex-audi: es un escuchar que me libera de mi destierro; y es por tanto un hablar que me hace salir de mí mismo: me. No importa lo que le diga, lo que Él oiga; sea cual sea mi desahogo, lo que Él escucha soy yo. Para esto salió Él de sí hacia mi miseria, para sacarme de mí mismo, para elevarme hasta Él. Escúchame favorablemente: Cristo es la Palabra del Padre, y nosotros somos la impotencia muda, que quisiera ser palabra. Pero Él se silenció en el vientre de su madre, El se silenció en la Pasión, para asimilar el angustiado clamor de la miseria. Como Palabra del Padre, es la palabra siempre atenta a la voluntad del Padre. En el silencio de la vida naciente y de la muerte se hizo palabra abierta a la miseria pecadora. ¡Escúchame y llévame de mi clamor a tu silencio, de mis concupiscencias a tu obediencia, atenta al Padre y a la miseria del mundo!

Dentro de tus llagas escóndeme

Anhelamos, pues, entrar y permanecer dentro. No sólo la anonadada adoración ante el dolor, la com-pasión con la Pasión, sino vivir dentro. Tampoco el preocuparme de mi dolor, hallando en el dolor de Cristo un móvil confortante, sino tua vulnera, en tus llagas. Todas las heridas que soporto son heridas cristianas, llagas de Cristo. Ni se trata de una curación de mis heridas en esta vida y para esta vida, sino vulnera, heridas abiertas, porque sólo se cerrarán con la muerte y resurrección. ¡Dios quiera que lleguemos a vivir inmersos en Él cuando se nos descubra tal cual es!

Por esto: escóndeme. Tal vida de dolor necesita permanecer oculta. Necesita el velo que cubra de misterio las heridas sangrantes. Pero también oculto, porque son Tus heridas: el misterio de tu amor, que debe restar encubierto; la infinita profundidad del misterio de la Divinidad, que nunca llega al fondo, de modo que todo se hunde y desaparece en Él. Escóndeme, porque la Pasión de Cristo en el cristiano y del cristiano en Cristo no es un heroísmo terreno, sino fracaso, como el grano de trigo que se hunde en tierra y pasa desapercibido. Y no puede mostrarse de ningún modo, porque es el sufrimiento del menor de edad, que solamente puede refugiarse en el seno del cual salió un día. ¡Escóndeme en Ti!

3. Llámame y mándame ir a Ti

No permitas que me separe de Ti

El alma de Cristo y la pasión de Cristo son los instrumentos de la Redención: ¡que Dios lo sea todo en todo! (1Cor 15, 28). ¡Que esté en la casa del Señor! (Sal 22, 6). Allí donde el Señor recibe y despide, prohíbe y permite. Más aún, donde, precisamente el estar a su lado se basa en su permiso. Allí, donde de tal manera se me quita la libertad de marcharme de Él según mi capricho, que aun esto depende de su permiso. Donde soy de tal manera feliz en esta prisión incondicional, tan feliz de que Él sea mi Señor absoluto, que le suplico que no quiera darme nunca este permiso: ¡no permitas que me aleje de Ti!

Se-pararse de Ti. El hombre parece un Dios en este mundo. Sin embargo está en medio de él, viendo impotente el abismo de las potencias agitarse a sus pies y por encima de su cabeza como en campo de batalla: la infinidad del espíritu, la incomprendibilidad de la naturaleza. En el fondo de todo actuar humano encontramos el parar, el estar preparado, como un instrumento bien armonizado, o encontramos el desentonar. Esta verdad se muestra en el sufrimiento: en la cruz impotente entre el cielo y la tierra, entre el cielo y el infierno. Por tanto, que no esté tentado a apartarme de Ti, lejos de Ti, ¡separar a Te! Que en la armonía o en la desarmonía no consienta ni disienta lejos de Ti. ¡Que mi actitud, en la consolación o en la desolación, me disponga a adentrarme cada vez más profundamente desde Ti hacia Ti! ¡Que todo me oriente a Ti, en Ti y por Ti!

Del maligno enemigo defiéndeme, a la hora de mi muerte llámame, y mándame ir a Ti

La vida del hombre no es sólo impotencia entre potencias, sino ante el enemigo y la maldad, muerte e infierno: el maligno enemigo, la hora de mi muerte. Venir a Ti no es sólo sintonizar contigo, en Ti, por Ti, sino también ser arrancado a la astucia del enemigo, ser resucitado de la voracidad de los gusanos y de la putrefacción. Es el "Cristo vive en mí" (Gal 2, 20) y por ende: "Si Dios está a favor nuestro, ¿quién estará contra nosotros?" (Rm 8, 31); pero precisamente por esto, estamos situados como la Cruz: sobre el abismo del infierno, del infierno ya triunfante, a la vista del sepulcro.

Así pues: defiéndeme, llámame, mándame. Ven en mi ayuda, que el enemigo ya me alcanza. Llámame, porque los muros de mi sepulcro son de granito, mi mortaja espesa y estrecha, mis oídos comida de gusanos. Manda, pues hace falta fuerza, porque el mundo, la muerte, el infierno y aun mi alma se han sublevado. Pero para venir a Ti.

"Caminarás sobre el áspid y la víbora" (Sal 90, 13). El mándame ir a T_i, el "llámame... a T" es desde toda la eternidad, antes de que existiera cualquier enemigo, cualquier maldad y cualquier muerte. Por eso el enemigo, la maldad y la muerte se convierten en camino hacia Ti, en llegada hasta Ti. Este es el majestuoso silencio de tu llamada.

Para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos. Amén.

Por esto no hay más que un solo camino y una sola entrada al reino de tus santos y a tu eternidad. Todo lleva a Ti: no sólo los reinos de este mundo, sino también el reino de tu Iglesia; no sólo el tiempo de la tierra, sino también el ayer, el hoy y el mañana de Cristo. Todo es un paso hacia Ti, tal como eres desde el principio: santidad, eternidad, majestad. Tú asumes a tus santos en tu santidad, a los marginados y desterrados, en tu separación absoluta de cuanto no eres Tú. Tú absorbes el tiempo en tu eternidad: el no ser de un abrir y cerrar de ojos en tu ahora sin fin. Tú conviertes la resignación de Getsemaní (Mt 26, 42 y pp.) en el sea de tu Majestad; el amén de la obediencia en el amén de tu insoslayable voluntad, que eres Tú mismo.

Y por todo esto, y de una vez por siempre, te alabe. Alabanza, súplica, aspiración, acción de gracias, que confluyen en lo mismo: en el cántico gozoso de alabanza, que enmudece también, porque Tú eres siempre mayor que cualquier canto de alabanza, por grande que sea. Todo cobra sentido al alabarte. Toda alabanza alcanza su plenitud al dirigirse a Ti, a Ti sólo. A Ti, que lo eres Todo.

2. PRESENTACIÓN DE LAS PIEZAS FUNDAMENTALES DE LOS EE EE

1. ANOTACIONES - TÍTULO - PRESUPUESTO

Al Alma de Cristo le siguen las Anotaciones [1-20], el Título de los EE [21] y las líneas del Presupuesto [22]. Por una parte, estas tres cosas, internamente relacionadas entre sí, constituyen como un comentario o Directorio -como se le llamó más tarde- del texto de los EE. Bajo este punto de vista, forman una unidad sistemática: una fórmula de los EE.

Pero por otra parte, ofrecen, por su carácter de algo experimentado en la vida, una disposición totalmente asistemática, como el árbol que produce nuevos brotes por todas partes. Bajo este punto de vista, reflejan la movilidad de los EE vividos. En consecuencia, el título de las Anotaciones [1] dice dos cosas:

1. Anotaciones para tomar alguna inteligencia en los EE que se siguen. Esto connota el aspecto intemporal de la idea de los EE. Pero después sigue:

2. Y para ayudarse, así el que los ha de dar como el que los ha de recibir, clara referencia a la movilidad del tiempo interno de los EE, progresivamente vividos. Y esto incluye otro valor intemporal, y es la ayuda que brota del texto de las Anotaciones para su comprensión y así alcanzar la inteligencia de ellos.

Con toda intención dice para ayudarse, pues no son prescripciones o mandatos. En el recíproco "ayudarse" se expresa, de algún modo, la movilidad siempre nueva de la relación vital entre el director que los ha de dar y el dirigido que los ha de recibir. No debe darse una amplia explicación de una pauta puesta para ayudar, sino que ha de ser más bien el mismo texto el que oriente en esta incesante movilidad. Y dentro de esta

movilidad, no se trata simplemente de una ayuda sólo para el director, de modo que el dirigido haya de estar totalmente sometido a él, sin que tenga una relación personal, inmediata, con el texto. Ni tampoco se trata de que con esta ayuda el director pueda seguir por su cuenta un método propio, al margen de los continuos cambios de espíritu del dirigido. No, sino que tanto el director como el dirigido tienen el mismo acceso inmediato al texto y al uso de estas ayudas: para ayudarse así el que... como el que... [1].

Más aún, en la Cuarta Semana se deja ya la iniciativa al ejercitante: la persona que contempla puede poner más o menos puntos... [228]. Así, tan obligado está el director a adaptarse a los movimientos de ánimo de los diversos dirigidos, como cada dirigido al modo de ayuda que le ofrece su director. Y en esta reciprocidad, a la vez intemporal y adaptada al tiempo interior de cada nuevo encuentro entre director y dirigido, se resume el objetivo de estas notas introductorias.

Las Anotaciones, en cuanto experiencias vividas de los EE, corresponden al final de su génesis histórica, es decir, fue lo último que San Ignacio introdujo en el librito de los EE. El Alma de Cristo, en cambio, corresponde al principio, ya que viene a reflejar la tradición cristiana universal, de la cual brotan los EE; mientras que las Anotaciones, el Título y el Presupuesto brotan de los mismos EE. Si El Alma de Cristo expresa realidades dogmáticas y objetivas en grado máximo, las Anotaciones son vivencias subjetivas en su máximo exponente.

El contenido fundamental, el método fundamental, la dirección fundamental de los EE, tal como hemos visto que se deducían del Alma de Cristo, tienen un carácter eclesiológico universal. En las Anotaciones, todas estas realidades fundamentales ofrecen los rasgos de matizaciones personales de los EE. Si se quiere abarcar toda la panorámica de los EE, hay que saber ver la relación mutua que se da entre la intemporalidad y la movilidad del tiempo interior, con la relación también recíproca entre lo eclesiológico-universal y los rasgos personal-diferenciales. Es decir: saber ver tanto lo eclesiológico en lo personal como las características propias que se dan en todo encuentro entre persona y persona.

Se trata de una eclesialidad peculiar, que encontramos tanto en las Reglas para sentir con la Iglesia del final de los EE [352-370], como también en la Contemplación para alcanzar Amor [230-237], que se arriesga ante la eterna novedad del sorprendente amor de Dios, manifestado en cada vida particular.

Anotaciones, Título y Presupuesto están graduados en proporción a la tensión creciente entre la intemporalidad y encuentro temporal de la persona que dirige y el ejercitante, de modo que la relación cada vez más profunda que los une lleve al despliegue progresivo de las múltiples ramificaciones de la única idea básica: el encuentro con el Dios siempre mayor.

2. PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

En el Anima Christi hallábamos el contenido, estilo, orientación y sentido fundamentales de los Ejercicios. Las Anotaciones los matizaban con su carácter peculiar. Es lógico que ahora aparezca aquella pieza fundamental que, por una parte, cierra la introducción antecedente, como su formulación definitiva; y por otra, sirve de

fundamento al edificio propiamente tal de los Ejercicios que ahora empieza a emerger, como el plano que se va a realizar en esta construcción.

En una primera aproximación, la palabra principio se podría entender como aquello de lo cual se deriva todo y a lo que todo se refiere -así lo concebirían Aristóteles y Santo Tomás-. Para un espíritu puro, sería la colmada plenitud que contiene y da vida a cuanto de él procede. Pero para el hombre y su conocimiento sensorial, es una fórmula abstracta que sólo tiene vida si se vive. Bajo este punto de vista, el fundamento de los Ejercicios es tanto el término al que se refieren las consideraciones sobre su método, orientación, sentido y estilo fundamentales, como la fórmula conclusiva que aúna las diversas vivencias experimentadas durante las cuatro semanas. Cabe aplicar aquí, por tanto, lo que se dice en la Anotación 4 sobre el proceso de los Ejercicios: que la Primera Semana es la consideración y meditación de los pecados [4]. Es decir, que el Principio y Fundamento no es propiamente materia de los Ejercicios. No es materia porque es la fórmula de la teoría de los Ejercicios. Una exposición del Principio y Fundamento sería, según esto, algo así como hacer una teoría de los Ejercicios o serían los Ejercicios mismos.

Pero la segunda palabra, fundamento, expresa que el Principio y Fundamento es el verdadero comienzo de los Ejercicios. El fundamento o base forma parte integral del edificio, como su verdadero principio. Y como tal es, por un lado, como el cimiento enterrado bajo tierra, mientras todo lo demás queda visible por encima de ella; por otro, es la base que lo abarca todo y contiene en germen todo el edificio que, a diferencia de lo demás, se levantará sobre él.

Por eso, la Anotación 19 propone, en su planificación de los ejercicios del conocimiento propio, que se comience por platicarle al ejercitante para qué es creado el hombre, o sea, el Principio y Fundamento. Así pues, respecto al método de cómo practicar este ejercicio, puede aplicarse lo que se dice más adelante de las tres maneras de humildad: considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando a ratos por todo el día [164]. En la mente de los Ejercicios, "considerar" y "advertir" corresponde, hasta cierto punto, a la primera de aquellas maneras de orar que enumera un pasaje del examen general [39]: Los perfectos... consideran, meditan y contemplan más ser Dios nuestro Señor en cada criatura según su propia esencia, presencia y potencia. Considerar significa respirar a fondo el aire de la idea fundamental de los EE. Es ciertamente una introducción, pero tal que implica un cambio radical de manera de pensar y presenta perspectivas insospechadas.

Ambas palabras, principio y fundamento, evidencian que se trata del principio y fundamento de lo que contienen las cuatro semanas de los Ejercicios, es decir, la relación e implicación mutuas entre pecado y redención. La relación entre criatura y Creador que evoca el Principio y Fundamento al empezar y acabar por las palabras criado y criados, es, sin duda alguna, la condición previa de este orden sobrenatural, y se podría ponderar asimismo bajo el punto de vista filosófico. Pero es más exacto tomar la expresión Principio y Fundamento como síntesis o verdadero comienzo de los Ejercicios. Y por tanto, sólo se podrá comprender perfectamente si se incluye en el esquema del pecado y la redención: como relación entre Creador y criatura, tal y como aparece en la única historia real de la salvación. Porque el único fin para el que soy criado [169] es en realidad el sobrenatural: Dios, en Cristo y la Iglesia. En este sentido de actividad concreta, la primera palabra del Principio y Fundamento será "el hombre",

el hombre tal como lo experimentamos en nosotros mismos y en los demás. En la medida de esta experiencia, seguirá el criado, el ser creado, y en su contexto el para, hasta sus últimas consecuencias. El realismo respecto del hombre pone el fundamento del genuino idealismo de la entrega total a Dios. Dios se hace visible en el hombre; partiendo del hombre Adán, que siendo hombre pretendió ser dios, hasta el hombre Cristo, quien siendo Dios se hizo hombre.

Así, el hombre se refiere, por una parte, a la vivencia que no sólo implica desde el principio de los Ejercicios al ser humano que los da y al ser humano que los recibe, sino que constituye asimismo la base del texto de los EE: el enigma hombre. Palabra que, por otra parte, avanza todo el contenido del Fundamento: [El hombre] es criado para... Al ser el hombre una pregunta, se deduce que es creado y de ahí que es totalmente para: Dios, alma, las otras cosas sobre la haz de la tierra, es decir, su destino.

Esto fija claramente el sentido de la consideración: la esencia del hombre consiste en ser un interrogante y, por tanto, en un estar abierto a su para.

3. PRIMERA SEMANA

Según la décima anotación, a los ejercicios de la Primera Semana corresponde la vía purgativa [10]. Y según la anotación 18 es propio de estos ejercicios el examen particular, y después el examen general; el modo de orar sobre los mandamientos, pecados mortales, etc. [18]. Lo primero que propone la anotación 19 para la primera parte de los Ejercicios es el para qué es el hombre criado, es decir el Principio y Fundamento; a lo que sigue la meditación del 1º, 2º, y 3º- pecado; luego la del proceso de los pecados, y finalmente recomienda que se haga de las penas que corresponden a los pecados [19]. Y las anotaciones 8 y 9 encargan al director que, según la necesidad que sintiere en el que los recibe, le platique las reglas para conocer varios espíritus, propias de la primera semana [8,9]. De esta forma se recopilan los diversos elementos de la Primera Semana; tan sólo se añadirá, al fin del examen general, la observación sobre la confesión general y que ésta se hará mejor inmediata después de los ejercicios de la primera semana [44].

Así, esta semana es de vía purgativa en diversos sentidos. Primero: en cuanto que el para qué es el hombre criado ilumina con su luz inexorable al hombre real, tal cual es. En este sentido se aplican las consideraciones del Principio y Fundamento ante todo a los ejercicios del examen [24-44]; dando gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos y pidiendo gracia para conocer los pecados y lanzallos [43];

o para acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular o defecto, y para se emendar adelante [25].

En el dar gracias... por los beneficios recibidos y en el pedir gracia y esto a Dios nuestro Señor, hallamos toda la fuerza del "hacia Dios, para obtener su salvación, en el mundo" con el que contrasta la vida real del hombre, que de esta manera queda en verdad examinado y mejorado: "en tu luz vemos la luz" (Sal 35, 10).

En consecuencia con esto, en los ejercicios más substanciales -y también a lo largo de todos los EE- se repite siempre la misma [55] y sólita [651 oración preparatoria [46]: pedir gracia a Dios nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y

operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad [46], y eso de modo que sea un verdadero acto de culto, incluso corporalmente, de modo que yo, un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar, me pondré en pie por espacio de un Pater noster, alzado el entendimiento arriba, considerando cómo Dios nuestro Señor, me mira, etc.; y hacer una reverencia o humiliación [75].

Así pues, las meditaciones esenciales de la Primera Semana --y de todos los Ejercicios-- se desarrollan teniendo muy en cuenta el Principio y Fundamento: como transparencia de la tensión salvífica que va desde el pecado original a la redención a través del misterio radical entre Dios y la criatura, produciéndose así una purificación luminosa.

E inmediatamente se produce el segundo efecto en el hombre: a la purificación le sigue el encontrarse envuelto por esa esfera de luz. Lo cual se realiza en tres etapas.

1. En primer lugar están los ejercicios del examen [24-44], en los cuales el hombre aspira no sólo a entrar dentro de sí -examen particular- saliendo del torbellino del mundo, sino en la forma peculiar que toma ese examen de conciencia en el examen [particular] [24-31], que se extiende al examen general [32-43] y luego a la confesión general [44]: no se trata sólo de recapacitar para gozar de cierta paz de espíritu, sino para conocerse a la vez como alguien a quien se le ha concedido todavía tiempo para salir de sí mismo [189], purificando su mirada en la meditación y contemplación de Dios y de su Reino. En este sentido, la Primera Semana es lógicamente la semana de ordenarse en la oración, y eso tanto porque el primer ejercicio es algo así como un paradigma [46-54] de la forma de meditar, cuanto porque incluye una especie de esquema no solamente para orar bien, sino también para una vida de unión con Dios (Adiciones 73-90).

2. Pero en definitiva el colofón lo pone el carácter de los cinco ejercicios de la Primera Semana; pues tanto en la meditación [19,45] como en la consideración y contemplación [4] sobre los pecados y sus castigos, el hombre es desposeído de todo derecho de reclamación ante Dios y es lanzado a entregársele incondicionalmente en Cristo [53,63], lleno de confusión y vergüenza por su ingratitud [53], y con ardiente agradecimiento por la plétórica bondad divina [61-71]; y todo eso se realiza con las tres potencias [45], memoria, entendimiento y voluntad [50], es decir, en la imagen de la Trinidad de la tradición agustiniana. La imagen otorgada, perdida y recuperada de la Trinidad penetra en toda su amplitud en la conciencia del orante, cuando recuerda, entiende y ama. Cuando le domina su propia oscuridad, queda más profundamente dominado todavía por la luz victoriosa de la vida tripersonal que fluye hasta lo más íntimo de su alma: es, pues, una purificación apremiante.

3. Sin embargo, la purificación se realiza decisivamente en la oposición ya indicada, entre la energía de la purificación activa del examen y adiciones, y la vehemencia con que los cinco ejercicios sobre los pecados y castigos traen a la conciencia del hombre la imposibilidad de tenerse en pie ante Dios (Sal 129, 3). La Primera Semana es precisamente la "primera" porque en este contraste se realiza, con toda la fuerza de una tesis fundamental, la ley de la Anotación 16: esfuerzo propio instando hasta afectarse al contrario, como disposición para que su divina majestad haga con y en el alma lo que quiera [16].

En el camino que va desde el examen para ordenarse en la oración hasta los coloquios de los cinco ejercicios se lleva a cabo una cosa: el esfuerzo propio para purificarse como disposición [1], de suerte que el hombre, precisamente en los puntos culminantes de su auto-purificación, abrumado por la experiencia de sus tinieblas, se entregue sin reservas a la única purificación, que consiste en hundirse en el abismo de la libérrima misericordia de Dios y, con eso, ponerse incondicionalmente a su disposición.

La luz del Principio y Fundamento irradia de tal suerte, que llama ciertamente al hombre para que "camine en su luz" (1Jn 1, 7), pero durante el camino se va intensificando cada vez con más fuerza esta luz ante los ojos del hombre, hasta el punto de que ningún caminar del hombre se le puede comparar, y no queda ya más que sumergirse en ella: ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina Majestad... se sirva conforme a su santísima voluntad [5]. Una purificación avasalladora. Por tanto, no para que cesen el examen y el orden en la oración, sino para que ambos se purifiquen cada vez más, pasando de cierto carácter de magia misteriosa -que forzaría al "bondadoso Dios"- a su auténtico carácter de servicio tranquilo y reverencial a la divina Majestad [75], instrumento en su mano, para que Dios use y utilice a su voluntad [5].

El sentido de la Primera Semana es, pues, la experiencia de la "ley", de la "gracia" y del "servicio", tal como los caracteriza la carta a los Romanos (caps. 7-8): "yo no conocí el pecado sino por la ley... a fin de que el pecado ejerciera todo su poder de pecado por medio del precepto" (7,7.13ss); "¡desgraciado de mí!, ¿quién me arrancará de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios, por Jesucristo nuestro Señor" (7,24); "¿quién nos separará del amor de Cristo?" (8, 35); "en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó" (8, 37).

4. SEGUNDA SEMANA

A los ejercicios de la Segunda Semana corresponde, según la Anotación 10, el ejercitarse en la vía iluminativa [10]. Si ejercitarse en la vía purgativa, como corresponde a los ejercicios de la Primera Semana [10], era una purificación por la luz en cuanto que con esa luz toda impureza era quebrantada, puesta al desnudo y eliminada, haciendo saltar la costra al limpiarla y quedando abierto el único camino, así llamamos ahora iluminativo a ese estado logrado: inmediatamente en la luz y hacia la luz, in lumen, porque la luz brilla inmediatamente para mí y en mí: lumen in.

Consecuentemente, el contenido de la Segunda Semana es, según la 4ª Anotación, la vida de Cristo nuestro Señor, hasta el día de Ramos inclusive [4], como misterios de Cristo nuestro Señor [19], en expresión de la 192 anotación, que se irá repitiendo una y otra vez. Porque "Dios es luz" (1Jn 1, 5) "que se refleja en el rostro de Cristo" (2Co 4, 6) y esta "Vida que se manifestó" (1Jn 1, 2) es la Palabra y "la luz de los hombres" (Jn 1, 4) "que hemos oído y hemos visto con nuestros ojos y que tocaron nuestras manos" (1Jn 1, 1). Pero como Dios "habita la luz inaccesible" (1Tm 6, 16), hablamos, con la oración de la primera misa de Navidad, de *lucis mysteria in terra*, misterios de luz sobre la tierra, un verso envuelto en un halo de luz misteriosa, luminosidad velada y velo luminoso.

Por eso empieza esta semana expresamente con un sentirse arrebatado, al anteponerse a la vida propiamente tal del Señor, el llamamiento... para contemplar la vida [91-99].

Por eso no se dirige cada uno de los ejercicios siguientes sobre la vida del Señor a conseguir determinados efectos éticos, considerando las virtudes, etc., o a fines particulares, aunque sean de índole religiosa; sino que su sentido hay que buscarlo en la finalidad de "la luz para mí y yo para la luz" como contemplación del ver, oír y participar, hasta la resonancia de todos los sentidos en el traer los cinco sentidos, única y simplemente orientado a la petición de conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga [104].

Por eso también, se halla en el centro la meditación del más íntimo misterio de esta vida, tal como la vi resplandecer en el ejercicio del llamamiento para contemplar la vida, es decir como misterio regio del rey eternal [91], puesto que al sentir como propia la sublime soledad del niño en el Templo, a los 12 años [134], me esclarece la mirada para la gran resolución de la elección [147, 157, 168-189] delante de Dios nuestro Señor [151], para servicio y alabanza de su divina majestad [155].

Por eso, en fin, y precisamente en el arrebató de la vocación, hallamos ya desde el principio el llamamiento a misionar la tierra en su realidad: Reino de Cristo entre enemigos, en lucha -Rey Temporal [92-98]-, rivalidad -Dos Banderas [136-147]-, entrega total -Binarios [149-157]- y el escándalo de la cruz como éxito -Tres Grados de Humildad [164-168]-.

Conocimiento interno, amor y seguimiento [104] de la vida de Cristo nuestro Señor [4] caminando en su luz -vía iluminativa [10]- será pues la consigna de la Segunda Semana: transformar nuestra vida, incorporarla y convivir en la "vida eterna, que estaba en el Padre y que se nos manifestó" (1Jn 1, 2); la totalidad y abandono de ese "entrar de nuevo el anciano en el seno de su madre" (Jn 3, 4) para renacer en una vida de luz: discípulos del Maestro, que es el camino y la verdad, convirtiéndose en luz del mundo (Jn 14, 6; 8, 12), en la medida en que el "sabio" y el "prudente" es un niño menor de edad (Mt 11, 25; 1Co 1, 18-30).

Y por la misma razón también es la más larga de las semanas. Mientras que la Primera Semana se articula explícitamente para un solo día, la Segunda Semana dura catorce días -sin tener en cuenta los ejercicios del Llamamiento [90-99] y de los Tres Grados de Humildad [164-168]-, si no se omite ninguno de los misterios de la vida del Señor [262 ss] y se guarda el orden del día establecido, el cual prevé dos ejercicios de contenido diverso, a los que siguen la repetición y la aplicación de sentidos. El plan optativo que propone el librito de los Ejercicios comprende ciertamente sólo doce días, distribuidos de manera que los cuatro primeros tienen dos ejercicios de tema diverso cada uno, y los otros ocho, sólo uno. Pero en las contemplaciones desta segunda semana, según que cada uno quiere poner tiempo a según que se aprovechare, puede alongar o abreviar. Si alongar, tomando los misterios de la visitación de nuestra Señora a santa Elisabet, los pastores, la circuncisión del niño Jesús, y los tres reyes, y así de otros; y si abreviar, aun quitar de los que están puestos. Porque esto es dar una introducción y modo para después mejor y más complidamente contemplar [1621].

El Llamamiento

Antes del primer día genuino de la Segunda Semana se debe hacer dos veces al día, es a saber, a la mañana en levantándose, y a una hora antes de comer o de cenar [991, el

ejercicio que lleva por título: el llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal [911].

Este plan destaca ese día introductorio de los demás, que contienen cinco ejercicios. Está en la línea del Principio y Fundamento, las Tres Maneras de Humildad y la contemplación del Amor, ejercicios que, aunque sólo se explicita en las tres maneras de humildad [1641], deben ocupar cada uno un día entero. Si pensamos en que la consideración de las Tres Maneras de Humildad se presenta como un ejercicio para antes de entrar en las elecciones y para hombre afectarse a la verdadera doctrina de Cristo nuestro Señor [1641], vemos que los días de estos cuatro ejercicios, tomando el Principio y Fundamento como un ejercicio y dedicando a las Tres Maneras de Humildad un día entero, son los días de las grandes perspectivas de los Ejercicios. Siguen un ritmo peculiar: la objetividad lógica del Principio y Fundamento se transforma en la vivencia personal del Llamamiento del Rey, para desembocar, pasando una vez más por la objetividad lógica de las Tres Maneras de Humildad, en la vitalidad sin límites de la Contemplación para alcanzar Amor.

Tanto el Principio y Fundamento como las Tres Maneras de Humildad se fijan especialmente en el "de nuestra parte": desde la actitud general de indiferencia -en el Principio y Fundamento- hasta concretarla en el pobre con Cristo pobre en correspondencia con el orden concreto de la Redención -en las Tres maneras de humildad [1671]-. En cambio, el ejercicio del llamamiento del rey y el del amor ven la apremiante invitación y la aceptación "de parte de Dios": desde la voz de su llamada [911], hasta la exhuberancia de dones con que desea dárseme en la plenitud de su amor [2371]. Tal doble perspectiva y la proyección rítmica que acabamos de esbozar es la forma peculiar de ejercitarse en esos días de gracia.

El método de nuestro día introductorio encaja así perfectamente con la perspectiva de los demás días con que se relaciona. Visto desde el Principio y Fundamento, es una concreción dinámica: lo que allí aparecía como orden eterno de las relaciones lógicas, aparece aquí como un acontecer en el decurso del tiempo; y lo que allí estaba sujeto a la generalidad del criado, se expresa aquí como una llamada a la imitación concreta de Cristo nuestro Señor.

5. TERCERA SEMANA

El sentido propio de la Primera y de la Segunda Semana lo explicitan las Anotaciones, diciendo que la vía purgativa... corresponde a los ejercicios de la primera semana, y la vía iluminativa... a los ejercicios de la segunda semana [10]. Sobre la Tercera y la Cuarta Semanas no hallamos ningún paralelismo parecido, si bien, según la clásica división, les correspondería la vía unitiva. Pero llama la atención que tal referencia no se halle en ninguna parte del libro de los Ejercicios.

Las Anotaciones llaman sencillamente a la Tercera Semana la Pasión de Cristo nuestro Señor [4] y el título que la encabeza no contiene ninguna introducción, comenzando sin más por el apunte de la historia para el primer ejercicio del primer día, sin señalar para el ejercicio mismo más forma de meditar que los puntos comunes a todos los ejercicios de la Tercera Semana que seguirán a continuación. Sigue todavía el esbozo de la historia para el segundo ejercicio del primer día, sin más añadidura al demandar lo que quiero que el inciso, lo cual es propio de demandar en la pasión [203]. Todo lo demás se

remite a los Misterios de la vida de Cristo, aunque se propone un posible plan de distribución [208], pero acentuando insistentemente la libertad para alargar o abreviar... como más le parecerá que aprovecharse podrá [209].

Vía unitiva sólo podrá por tanto decirse de la Tercera Semana, en cuanto consiga en grado máximo su objetivo, Dios y su reino, saliendo de su propio amor, querer y interés [189]. En consecuencia, esta Tercera Semana no contendrá, del principio al fin, más que ejercicios de contemplación, y no de meditación. Y los tres primeros puntos que dan forma a sus ejercicios serán a su vez los mismos que en las contemplaciones de la Segunda Semana: El primer punto es ver las personas... y reflitiendo en mí mismo, procurar de sacar algún provecho dellas. El segundo: oír lo que hablan y asimismo sacar algún provecho dello. El tercero: mirar lo que hacen y sacar algún provecho [194].

Ese "hacer" es simplemente padecer y dejar padecer, y bajo este aspecto se ha de considerar: el cuarto [punto], considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla... [195]. El quinto: considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente [196].

Es por tanto el entrar y salir en el más intransigente de los objetivos: en la revelación no sólo de la "impotencia" de Dios, sino de un crudelísimamente en cuanto toda la impotencia y "atrocidad" de Dios en el mundo se manifiesta en el esconderse la divinidad para dejar padecer, crudelísimamente, la sacratísima humanidad, es decir Dios contra sí mismo. Considerar no es más que el camino para mirar pasmados lo que hacen las Tres Personas hasta alcanzar lo más incontemplable: que la "manifestación" del "Dios invisible" en el Dios Unigénito (Jn 1, 18) es precisamente el Ecce homo; "manifestación" del Dios de la gloria en la ignominiosa impotencia de la divinidad que se esconde; "manifestación" del Dios del amor en el dejar padecer, tan crudelísimamente, a la sacratísima humanidad.

La unión se realiza así con la más tajante objetividad: en cuanto es el íntimo amor selectivo con el que Dios revela el incomprendible secreto de su intimidad: unión con Dios en lo más esencial de su Ser. Haciendo pedazos aun las comparaciones positivas que nos remontan a Él: omnipotencia que es impotencia, gloria que es ignominia, amor que deja sufrir crudelísimamente. Por tanto, se trata de una unión que arranca irrevocablemente del mundo y del hombre al aparecer este Dios ante el mundo y los hombres como un no-Dios, como un Dios muerto, como una parodia de Dios. Unión precisamente en cuanto instrumentalidad sin vida en la obra de este Dios "muerto" y "negación de Dios". Ala manera como el relato de la Pasión sigue en los Evangelios una forma litúrgica casi estereotipada al estilo de opus operatum, con tono y gestos fijos, tal y como se representa en Semana Santa la Pasión.

Vivacidad de la Tercera Semana

Pero, por otra parte, en los mismos puntos, actitudes y peticiones existe una vitalidad tal que sólo puede ser comparada con la de la Primera Semana. Si en ésta se trataba de un auténtico anonadamiento interior en vergüenza y confusión [48,74], con crecido y intenso dolor y lágrimas [55] e interno sentimiento de la pena que padecen los dañados [65], mucho más aquí. La petición del primer ejercicio de la Tercera Semana demanda

dolor, sentimiento y confusión [193]. El cuarto punto -lo que Cristo padece en la humanidad- apunta hacia un comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar; y así trabajando por los otros puntos que se siguen [195]. En el sexto punto debo considerar... qué debo yo hacer y padecer por él [197]. Lo propio de demandar en la pasión, se dice, es dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí [203], demandar pena, lágrimas y tormento con Cristo atormentado [481].

Ya desde que me despierto por la mañana, mientras me levanto y me visto, debo esforzarme en entristecerme y dolerme de tanto dolor y de tanto padecer de Cristo nuestro Señor, y durante todo el día debo ir induciendo a mí mismo a dolor y a pena y quebranto, trayendo en memoria frecuente los trabajos, fatigas y dolores de Cristo nuestro Señor [206]. Intensidad equivalente al ejercicio del Llamamiento del Rey Temporal y al Tercer Grado de Humildad, al conmigo y como [93, 95] en el trabajar y en la pena [95]; luego pobreza con Cristo pobre... oprobrios con Cristo lleno dellos..., ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal [167].

Después se repetirá claramente la situación del coloquio del primer ejercicio de la Primera Semana: participación en la pasión de Cristo, por Cristo, porque Cristo padeció por mis pecados. Y como en ese coloquio, delante de Cristo nuestro Señor... puesto en cruz, que es venido... a morir por mis pecados, debo discurrir, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo [53], de manera semejante aquí, pero en tono más elevado, debo demandar... dolor, etc, porque por mis pecados va el Señor a la Pasión [193]. Y en el sexto punto debo considerar cómo todo esto padece por mis pecados, etc.; y qué debo yo hacer y padecer por él [197], pidiendo lo que es propio de demandar en la pasión, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí [203].

Así pues, el otro aspecto de la unión objetiva es la intensificación de la lucha, respecto a la Primera y la Segunda Semana: quebranto [203, 206], tormento [48], no sólo induciendo a mí mismo [206], sino trabajando y esforzándome, con mucha fuerza [195,206]. Pero aunque todo eso no parece tener otra finalidad que la pura participación en el quebranto y tormento de Cristo, no es así, porque estoy condicionado por mis pecados. En consecuencia, el punto último y conclusivo dice: considerar cómo todo eso padece por mis pecados etc.; y qué debo yo hacer y padecer por él [197].

Esforzarme con mucha fuerza [195] no significa suplantar de ningún modo aquel con tal que sea servicio [157] de la divina majestad -al pedir que el Señor le quiera elegir [168], le elija [157]-, propio de la Tercera Manera de Humildad, sino que está íntimamente relacionado con la fuerza con que el ejercitante de la Primera Semana, quebrantado por el peso de sus pecados, se entregaba incondicionalmente a Dios, avergonzado de haber pretendido rivalizar contra Él. Del mismo modo debe quedar quebrantado, en la Tercera Semana, hasta la entrega perfecta, quien ose disputar con Él su "muerte" o su "crueldad", puesto que no sólo tiene ante los ojos el estar quebrantado y en tormento de Dios [203,206,48] -al "escondarse" la divinidad [196] y dejar padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente [196], junto al querer padecer de Dios [195]-, sino que debe considerar en todo ello cómo el Señor padece por mis pecados [193,197], pasando tanta pena por mí [203].

Y esto es lo que distingue, clara y radicalmente, la verdadera unión del orgullo de una identidad de sufrimiento con el Dios paciente, de la arrogancia de expiación -la mayor de todas las soberbias- de aquel que, al pretender sufrir con el immaculado Cordero de Dios, se distancia de la humanidad pecadora.

El librito de los Ejercicios da un giro total a esta situación, llevando hasta sus últimas consecuencias la gran ley evangélica de la primacía de los "pecadores" (Mt 9, 13), "publicanos" y "meretrices" (Mt 21, 31): la unión con el Crucificado sólo se realiza en el tanto cuanto [23] del quedar quebrantado y en tormento por mis pecados, que han sido la causa de la crucifixión; porque precisamente ahí se me abre, de la manera más asequible, la inasequible profundidad del amor de Dios (Ef 3, 18s). Y de este modo, el aspecto subjetivo del esfuerzo por sufrir, se decanta sin reservas hacia el objetivo de la contemplación de la Pasión, al convertirse ésta en el camino, cubierto o despejado, en que se me revela el maravilloso derroche del amor de Dios, para que no sólo me anegue en su crecida, sino que sea arrastrado por su torrente arrebatador. Así pues, la unión objetiva es también subjetiva, en la medida en que la creciente conciencia de mi insondable pecaminosidad se ve superada por la creciente infinitud del amor divino.

La vía unitiva y la noche de Dios

En este sentido, la Tercera Semana lleva verdaderamente a la noche de Dios, al conducir hasta el misterio de la "Divinidad escondida", de la "Divinidad muerta en el crudelísimo padecimiento de su sacratísima humanidad" [196]. En el sentido objetivo de "vía unitiva", es categóricamente noche de Dios, no en cuanto pretensión de una sublime experiencia negativa de Dios, sino como disponibilidad para la obra del incomprensible misterio. Y en el sentido subjetivo de la "vía unitiva", es categóricamente noche de Dios, no por el orgullo de co-reparar un mundo pecador, sino por cuanto el pecador, en lo profundo de su abismo de pecado, se siente superado por la insondable bondad divina, por la desbordante impetuosidad de su torrente de amor. La noche unitiva es genuinamente cristiana en el tanto cuanto del servicio y de la humildad.

Esto se expresa claramente en el encabezamiento de los pasajes del Evangelio propios de la Tercera Semana. Aunque el título general sea el de Misterios de la vida de Cristo nuestro Señor [261], sólo los temas de la Pasión -a excepción de la última Cena- explicitan el nombre de "misterio" (De los misterios...), mientras que en los pasajes de la Segunda Semana el aspecto de "misterio" va implícito en los acontecimientos de la vida de Cristo, ya que la estática peculiaridad de cada uno de los hechos se expresa en su respectivo título: De la Anunciación de Nuestra Señora, etc.

En los títulos de la Tercera Semana, las características concretas derivan hacia una relación dinámica: desde (la cena) hasta (el huerto) inclusive [290]. Los temas de la Tercera Semana se llaman pues misterios, en cuanto explicitan este movimiento del desde-hasta. El misterio fundamental único de la Pasión consiste -como hemos indicado antesen destrozarse, desviar, hacer desaparecer, toda autosuficiencia terrena, reduciéndola al dinamismo meramente formal de un nuevo desde-hasta: porque, por un lado, el dejar padecer crudelísimamente la sacratísima Humanidad [196] devora como un torrente de lava todas las disposiciones terrenas, mientras que por otro, el ocultarse de la divinidad que se esconde [196] abandona lo terreno a su propio ritmo, al ritmo decadente del tender a la nada (San Agustín). Y el mismo misterio fundamental y único de la Pasión es como "misterio" sin más -precisamente en el destrozarse, desviar, hacer desaparecer lo

terreno-, un quedar encerrado sin más, en lo más absolutamente cerrado: en el misterio del amor divino, que se entrega a sí mismo en la Pasión, al ser "destrozado" desde-hasta [195], y todo esto... por mis pecados [197].

Por esta razón, la última Cena [289] no lleva ni el título de misterio ni la formulación desde-hasta, ya que el "ir a la Pasión" [193] todavía es en realidad un hecho estático al borde exterior de la Segunda Semana y, por otra parte, en los dientes "roedores" que devoran (Jn 6, 54) su cuerpo entregado (Le 22, 19) o en la sangre derramada (Le 22, 20) se representa ya la iniciación al misterio desgarrante que expresa el desde-hasta de la Pasión. De manera semejante, tampoco la contemplación de la muerte en cruz [297] va encabezada por el desde-hasta, porque es el único misterio estático de la Redención, que tiene su signo sacramental en el pan partido y en el vino derramado de la última Cena.

En el acoso interior del desde-hasta terreno de los misterios de la Pasión, entre la última Cena y la Cruz, se consume el misterio del amor divino, que se distribuye al desgarrarse en la vergonzosa pro fanidad de las calles, entre el Cenáculo y Getsemaní, entre la casa de Anás y la casa de Caifás, entre la casa de Pilatos y la casa de Herodes, entre la casa de Pilatos y el Gólgota.

6. CUARTA SEMANA

La Cuarta Semana es la que encontramos menos desarrollada de todas las semanas. En la enumeración de la 4a Anotación leemos: la cuarta, la Resurrección y Ascensión [4]. Se da la materia del primer ejercicio con dos nuevos puntos para todos los ejercicios [218-225]. Se inculca, con variantes, que hay que seguir la misma forma y manera de los ejercicios [226-229]. Se indica que se proceda por todos los misterios de la resurrección de la manera que abajo se sigue [227], hasta la ascensión inclusive [226]. Y esto es todo. No se menciona nada sobre el plan a seguir en la distribución de estos misterios, como todavía lo ofrecía la Tercera Semana [208]. Más aún, las apariciones décima, undécima, décimosegunda y décimotercera [308-311] ni siquiera se dividen en puntos como en la Tercera Semana [289-298]. Y finalmente, en las notas para la Cuarta Semana se dice tan sólo que la persona que contempla puede poner más o menos puntos, según que mejor se hallare [228].

Así pues, en el aspecto meramente formal, la semana de la Resurrección y de la Ascensión significa seguir "por la vía mejor" de modo que, buscando la divina voluntad... el mismo Criador y Señor se comuniquen... y obren inmediatamente con la criatura [15], sirviéndose de ella conforme a su santísima voluntad [5], con la más absoluta renuncia a cualquier proyecto e iniciativa humanos.

En último término, lo "santísimo" de esta santísima voluntad consiste en que, conforme al cuarto punto de reflexión, la divinidad,... parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella [223], mientras que lo "más santo" de la Tercera Semana era que "la divinidad escondida" dejaba padecer tan crudelísimamente la sacratísima humanidad [196]. Y precisamente esta santísima voluntad es también el misterio del oficio de consolar [224], tal como menciona el quinto punto. Del mismo modo, en la vida intradivina, el Espíritu Santo es la "voluntad", y en el orden salvífico, el "Consolador".

Esta sobriedad queda compensada por el hecho de que casi todos los textos que tan lacónica y difusamente hablan de la Cuarta Semana, hacen referencia a la Tercera. Esta mutua implicación la encontramos también en los Evangelios: en sus palabras de despedida (Jn 13-17), el Señor habla sin distinción de su ida a la pasión y de la ascensión como de una misma ida. No deja de ser significativo que la liturgia del tiempo de Pascua hasta Pentecostés escoja preferentemente ese discurso de despedida como tema. De este modo, se unifica el contenido de la historia del primer ejercicio del primer día con la hora de la muerte y la sepultura del Señor, destacando aún más esta situación con el descenso al infierno [219], que se echa de menos en la temática de la Tercera Semana. Los tres primeros puntos (ver, oír, hacer) remiten también a la Tercera Semana [194]: sean los mismos sólitos que tuvimos en la cena de Cristo nuestro Señor [222]; mientras que el cuarto invita a considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la Pasión, parece y se muestra ahora [223], es decir, que la divinidad que parecía... en la Pasión, ¡es precisamente la divinidad que [a]parece... en la santísima Resurrección! O sea que precisamente "la divinidad de la Pasión" que, al esconderse, dejó sufrir la sacratísima humanidad tan crudelísimamente [196], es la divinidad de la santísima Resurrección que se muestra ahora tan miraculosamente [223]. Y de manera semejante, el quinto punto hace referencia manifiesta a las palabras de despedida del Señor, pues el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae [224] evoca al "Consolador" prometido al despedirse en la Pasión (Jn 14, 16.26; 15, 26; 16, 7); y el comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros [224] recuerda cómo Cristo, al entrar en la Pasión, llamó "amigos" suyos a los apóstoles (Jn 15, 14-15).

Lo mismo se observa en las notas de carácter metódico, donde el texto de los Ejercicios dice que se proceda... llevando y teniendo en lo restante la misma forma y manera, en toda la semana de la resurrección, que se tuvo en toda la semana de la pasión. De suerte que... en todo lo que resta se puede regir por el modo de la semana de la pasión, así como en repeticiones, cinco sentidos, en acortar o alargar los misterios etc. [226, x204], a excepción de que comúnmente ... es más conveniente hacer cada día sólo cuatro ejercicios [227] y del carácter de alegría y gozo espiritual [229] que han de tener las adiciones.

Por tanto, la "vía que mejor conduce" [15] a la santísima voluntad en la Cuarta Semana queda precisamente determinada por esa referencia global a la Tercera Semana. La Cuarta Semana supone un mostrar [223] lo que en la Tercera era un esconderse [196]. Lo objetivo de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor [221] es la forma de mostrarse de aquella realidad objetiva que en la forma de esconderse era el padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente [196]. Lo subjetivo del me alegrar y gozar intensamente (de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor) [221] es la forma paralela de mostrarse aquella vivencia subjetiva que en la forma del esconderse era dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la Pasión [193] y dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí [203].

La Cuarta Semana consiste, pues, en el mostrarse del misterio oculto en la Tercera Semana, pero a través de ésta, hasta sobrepasarla. Porque Resurrección y Ascensión no son milagros de vuelta a lo temporal -como las resurrecciones de muertos obradas por el Señor-, sino que en ellas Cristo es el "primer fruto de los que duermen" (1Cor 15, 20); atravesando la muerte hacia la "resurrección de los muertos", cuando un día, saliendo de sus sepulcros, "serán arrebatados en nubes, hacia el aire, al encuentro del Señor" (1Tes

4, 17). La Cuarta Semana no implica supresión de sufrimiento, cruz, muerte o sepulcro, para volver a "esta" vida, y por tanto, a una gloria de este mundo, sino que es sufrimiento, cruz, muerte y sepulcro en este mundo, que se muestra como gloria.

De este modo, podemos resaltar tres aspectos de la Cuarta Semana.

Tres aspectos de la Cuarta Semana

1. Salir de uno mismo hacia la alabanza y el servicio

La alabanza y el servicio son la exigencia del último y más decidido "salir de sí mismo", para llegar en todo y por todo a la mayor gloria y alabanza de Dios nuestro Señor [189]. Salir del estado de sufrimiento, cruz, muerte y sepulcro, en cuanto esto pretende ser algo por sí mismo -incluso bajo el aspecto de un amor que quiere sufrir con el Señor, o de una humildad que quiere estar como pecador a los pies de su cruz-, para llegar al servicio y alabanza en el misterio de la gloria del Señor en este misterio de la cruz, como en la invocación final de la liturgia del Viernes Santo: "Adoramos y alabamos tu cruz, Señor, y glorificamos tu santa Resurrección; pues he aquí que por el leño de la cruz, todo el mundo se ha llenado de inmensa alegría".

Por tanto, todo el ambiente de la Cuarta Semana se dirigirá a que uno se alce y se entregue a este servicio de alabanza. El despertar por la mañana se ha de efectuar ya queriéndome afectar y alegrar

de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor [229, v.221]. Durante todo el día, se debe traer a la memoria y pensar cosas motivadas a placer, alegría y gozo espiritual, así como la gloria [229]. Y como medio para lograrlo se han de usar asimismo las alegrías propias de la naturaleza, así como en el verano de frescura y en el invierno de sol o calor, en una palabra, todo "cuanto el ánimo piensa o coniecta que la puede ayudar, para se gozar en su Criador y Redentor" [229]. No basta con hacer callar decididamente el estado de sufrimiento hasta llegar al servicio de alabanza; se exige además que incluso el contenido de este acallar se eleve y se subordine a un auténtico alegrarse y gozarse.

Pero por otra parte, este elemento subjetivo de la Cuarta Semana no viene determinado por ninguna gloria y gozo del sujeto, como si se tratara de algo que dependiera de él mismo, sino que viene exigido

por el como yo [93] y conmigo [95] de Cristo, el único Objeto que sustituyó al sujeto en el misterio del estar "concrucificado": ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gal 2, 19s). Por tanto, de lo que debo alegrarme y gozarme es de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor, como se dice en todos los ejercicios de la Cuarta Semana: pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor [221].

A ese salto incondicional a buscar en todo y por todo, mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor [189], corresponde el mantenerse firme ante la aparición del Crucificado resucitado.

2. Vivir en el ahora de la Resurrección

El primero de los dos puntos propios de la Cuarta Semana (el cuarto punto general) invita a considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della [223]. Y de acuerdo con esto, las contemplaciones de la Cuarta Semana llevan generalmente el título de Apariciones, sin especificar su contenido, a excepción del principio, donde se dice: De la resurrección de Cristo nuestro Señor. De la primera aparición suya (a la Virgen María) [299], y cómo Cristo nuestro Señor, apareció a nuestra Señora [218]; y del foral (De la Ascensión de Cristo nuestro Señor [312]), cerrando de manera lógica el proceso de las tres semanas de la vida de Cristo nuestro Señor [261].

En la Segunda Semana, el título exponía el simple contenido terrenal (de los pastores... [265]). Los títulos de la Tercera Semana, eclosión del misterio de la cruz, indicaban todavía contenidos terrenos, pero con la explicitación del misterio y de aquellos desde-hasta. En la Cuarta Semana desaparece del título toda alusión a un contenido terreno, limitándose a la mera secuencia numerada de las apariciones (primera, segunda, tercera, etc.), como un momento repetido del mismo y único tema de la Resurrección y Ascensión [4], o sea del renovado "aparecerse y mostrarse" de la divinidad, que parecía esconderse en la Pasión [223].

El contenido terrestre se quebrantó y cesó al culminar la Pasión, de suerte que todo el residuo terreno se reduce, como motivo único, al continuo "mostrarse" de la divinidad... en la santísima Resurrección [223]. Si Dios hecho hombre estaba sujeto al más extremo ir y venir de la encarnación en el desde-hasta de la Tercera Semana, ahora, en el instante de la venida repentina y del irse repentino de la aparición, aparece el ahora y siempre de la "forma de la Divinidad" (in praesenti aeternitatis, Sto. Tomás de Aquino) y todo lo terrestre queda definitivamente sujeto a ese etéreo, indefinible e inaprensible "ir y venir" de un soplo de vida nueva (Jn 3, 8).

3. La misión del Espíritu

Todo ello provoca que esta semana de la Resurrección y Ascensión [4] lleve desde el principio el sello de Pentecostés: quedar llenos del Espíritu Consolador y verse apresados y arrebatados por el vendaval de la misión (Hch 2, 1-40). Así, el segundo punto propio (quinto general [224]), dirige la mirada hacia ese único oficio de consolador del Espíritu, del cual no sabes de dónde viene ni adónde va (Jn 3, 8); en el ir y venir de Cristo aparecido, y en el ir y venir en el que sitúa a sus amigos, al comunicarles la fluctuante consolación de ese "EspírituConsolador" que va y viene sin cesar. Por eso, debo mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros [224]. Y nótese que en las diversas apariciones se da el mismo proceso: porque casi en el mismo momento en que el Señor consuela a uno o a algunos de los suyos, los envía a consolar a otros, mientras Él desaparece.

Con eso se da el paso a la manera del amor, que cierra los Ejercicios [230-237]: como los rayos y el agua reciben y comunican a la vez el sol y la fuente; más aún, pues no sólo los reciben para comunicarlos, sino que comunicando es como reciben.

Así se realiza la adscripción incondicional al espíritu de la Iglesia -la cual, conforme a las Reglas para sentir con la Iglesia, es la forma que determina el final de los Ejercicios

[352-370]-: plena actitud interior para hacer de nuestro espíritu un instrumento al servicio del Espíritu y señor nuestro, por el cual es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia [365]. Así pues, situarse en el continuo devenir del ahora y siempre de la Divinidad teofánica supone situarse en el constante ir y venir de tal instrumento: rayos y agua de amor en la Iglesia, que no son más que el continuo fluir entre Dios y el mundo. Fluir que no es para sí, ni en sí, ni siquiera poseyendo a Dios para sí, sino hacia el mundo y realizándose al fluir en el mundo y para el mundo entero.

Así pues, según estos tres aspectos que hemos visto -salir de sí, vivir en el ahora de la resurrección y la misión que otorga el Espíritu podemos delimitar el sentido peculiar con que cabe aplicar la expresión tradicional de vía unitiva a la Cuarta Semana. La Tercera Semana podía llamarse "unión" en cuanto que en ella la noche abismal de mi pecado [197] queda absorbida por el abismo sin fin de la noche de amor divino [196]. Al ser la "misión" la palabra determinante de la Cuarta Semana, la "unión" aparecerá aquí en dirección claramente opuesta, es decir: partiendo de Dios, con Dios y en Dios, como rayos y agua de su consolación para el mundo. Porque la Cuarta Semana es asimismo, y precisamente, el "salto" desde la íntima sacralidad del padecer a la profanidad de la misión, hasta tal punto que el "instante" de la iluminación y desbordamiento de la divinidad escondida en la Pasión [223] supone precisamente el recibir y proyectar la luz divina, el brotar e irrumpir del torrente, como sus rayos y agua de vida. Unión es misión.